



dad permiten determinar si un cerebro está aprendiendo bien lo que le enseñan o detectar si un cerebro titubea antes de dar respuesta a una cuestión, o si un señor está realmente dormido o lo simula, como Alfonso VI cuando el Rey moro le tuvo que echar en la mano un chorrillo de aceite hirviendo.

Y queda el encantador mundo de la química, no menos eficiente en la tarea de hacer de nosotros mejores personas. A partir de 1970, los bioquímicos del Baylor College de Houston, capitaneados por el ex francés Georges Ungar, se pudieron dedicar a "inyectar" a unas ratas los recuerdos de otras, gracias a una sustancia, la escotofobina, es decir, para decirlo como Dios manda, la sustancia "que transmite el miedo a la oscuridad", un sugestivo péptido en el que está la molécula de la memoria.

Las posibilidades son infinitas, como rápidamente habrán

comprendido nuestros educadores. Stanislas Grof sabe cómo usar el LSD fuera de las orgías, para inducir estados de conciencia específicos y programados. Solomon Snyder hace lo mismo con marihuana líquida, John Lilly ha descubierto las propiedades estupendas del ácido lisérgico para hacer lavados de cerebro, Max Jacobson receta más anfetaminas que anticatarrales, un tratamiento que de poco se carga al chillón y listo Truman Capote y al mismísimo Presidente Kennedy, que en paz descanse. En el Instituto Karolinska de Estocolmo, que es el árbitro de los Premios Nobel de Medicina, se ha conseguido **fotografiar** el cerebro en colorines, iluminando los transmisores químicos que actúan de vertiginosos mensajeros, es decir, que se saben ya los caminos; falta saber cómo colocar en ellos la mercancía deseada para que llegue a destinos inimaginables. Las



EL MAL AUGURIO

LOS árabes nos dejaron este enigma de no saber dónde se coloca el cero, si al principio o al final de la decena. Por eso no sabemos bien cuándo empieza un siglo, ni siquiera un cambio de decenio, si en el año que termina en cero o en el año que termina en uno. La lógica parece indicar esta última solución: la era no comenzó con el año cero, sino con el año uno. Pero la imaginación popular prefiere la otra versión. Quizá por la magia propia del cero, por su fascinación redonda o por lo que tiene de símbolo femenino reivindicado como insignia por una de las más ardientes feministas. Probablemente, también, porque lo que se suele conmemorar es terminar, no empezar. El milenarismo se refería al año 1000, en el que todo debía acabarse y, según el folclore, que es sabio, se acabaría muy mal. Hay quien cree que todas las perturbaciones de nuestro tiempo se deben a la proximidad del año 2000, y que estamos sufriendo ya una especie de bimilenarismo. Lo raro es que alcance a los árabes, que acaban de empezar ahora el siglo XV.

Para el año 2000 anunció algo el Papa Wojtyla, en los primeros días de su pontificado. A muchos nos pareció ver, en el conveniente misterio de sus palabras, que iba a ser el año del Advencimiento, y que su misión en la Tierra era prepararlo, e incluso convocarlo. Hay teólogos que creen que cada palabra, cada movimiento del Papa, se dirigen hacia ese misterio. Otros no lo creen, y se les entrega a la pequeña Inquisición que permiten nuestros tiempos. Otros creen que Wojtyla es, en realidad, el anti-papa previsto por las escrituras.

Pero todo esto es adelantarse demasiado a los acontecimientos. Por el momento, nos tenemos que quedar con la pequeña agonía de la década de los setenta, que se nos acaba. No está mal que se vaya, que se despeñe por la hora cero del 31 de diciembre al 1 de enero, aunque nos deje la incertidumbre de si año 80 es suyo o no lo es. Que se lo quede, si quiere. Lo que se ve apuntar ahora no es bueno. En todas las profecías que se publican en el mundo se anuncia el año como portador de desgracias. En realidad, no hace falta mirar profundamente la bola de cristal, consultar el tarot o leer el Pequeño o el Gran Alberto: con un vistazo a los periódicos es suficiente. Cualquiera es profeta en casa.

El único triunfo real que ha dado esta década es el triunfo de los pesimistas. Están exultantes. "Ya lo decía yo", gritan, con su característico grito de guerra. Al empezar su ruta, el Cid tenía la corneja "a siniestra": símbolo de mal agüero. Al empezar los 80, tenemos las grandes cornejas, las grandes urracas, a la derecha. No puede haber peor símbolo para la izquierda... ■



TRES PABLOS UNIVERSALES

Pablo Picasso, Pablo Neruda y Pablo Casals, muertos en 1973.